

Censores, inquisidores, y maledicentes

*A la memoria de Desiderio Erasmo de Rotterdam,
humanista del Renacimiento, perseguido por la Inquisición*
José Luis Gutiérrez

Acaso por un punto de exceso en el recelo, en la suspicacia tantos años, desde la adolescencia temprana, sobreviviendo en soledad en la ardua lucha por la vida- siempre he mirado con incredulidad y desconfianza los premios literarios y periodísticos - y, últimamente, hasta los de la Lotería Nacional, tan sospechosamente frecuentes en Cataluña y tan oportunos para que aparezca un niño marroquí que cante el “gordo”; o aquel “error” de uno de los interventores en el sorteo de Navidad de 1997, que equivocó, no se sabe si involuntariamente, una de las cifras de uno de los quintos premios- hasta que, andando el tiempo, al conocer de cerca las componendas internas de la mayoría de tales galardones- ahora que parece ponerse de moda la rebelión de los jurados, criticando a los premiados que ellos mismos eligen- decidí abstenerme de optar a la obtención de cualquiera de ellos.

Sin embargo, a lo largo de más de treinta años de ejercicio del periodismo se me ha distinguido con algunos reconocimientos de renombre y al no haber puesto yo de mi parte ni siquiera el más leve ademán para obtenerlos, siempre he agradecido sinceramente tales distinciones.

Uno de esos momentos fue, sin duda, cuando recibí una llamada de la Fundación León Felipe- fundada en México hace cuatro décadas con el fin de preservar el legado y la memoria del poeta zamorano - un día de 1995, para anunciarme la concesión del *Premio León Felipe a la Libertad de Expresión*, por mi labor durante varios años como Director del desaparecido Diario 16.

Días después, en las venerables atmósferas del Ateneo de Madrid se me hizo entrega del galardón, un poema autógrafo del poeta, su “Autorretrato”- “Así es mi vida... piedra/ Como tú!.../ que en días de tormenta/ te hundes en el cieno de la tierra/ y luego centelleas”- garabateado con la legendaria tinta verde que usaba aquel bardo irreductible, voz del exilio más indómito y airado- cuyo recuerdo y memoria casi palpé físicamente en mis años en México- enmarcado con un *passe-partout* de terciopelo negro.

La segunda distinción profesional de la que también guardo especial recuerdo fue el *Premio Luca de Tena*, concedido un año antes por el centenario diario ABC, por uno de los textos editoriales redactados por este abajo firmante en el tristemente desaparecido Diario 16, destruido y reducido a cenizas de manera despiadada, inmisericorde: “Tal como éramos” era su titular.

Un año más tarde, en presencia de la Reina Doña Sofía y en compañía en el escaño de galardonados del Premio Nobel Octavio Paz – a su vez *Premio Mariano de Cavia* de aquel año de Tomás Serrano -*Premio Mingote*- y del gran número de invitados que abarrotaban la estancia de la biblioteca de ABC, transformada para el acto en gran comedor, tuve la ocasión de leer un breve discurso intitolado “Vigencias y mutaciones de la censura”.

Aquellos folios allí recitados ya temían, premonitoriamente, lo que habría de suceder meses después- mi cese como Director y mi expulsión fulminante de aquel periódico magnífico, Diario 16, las persecuciones padecidas durante tantos años, anteriores y posteriores a aquel acto- acaso porque lo que en ellos se denunciaba el espíritu inquisitorial, la intolerancia y uno de sus instrumentos, la censura- siempre han estado presentes, desde el Antiguo Testamento hasta el Platón que recomendara a los poetas no componer versos que contrariaran a los sabios, a los justos o a los poderosos y que sus estrofas nunca llegaran al pueblo sin pasar antes bajo los ojos prudentes y vigilantes de los censores. Es la pugna entre el poder y la libertad de pensamiento la que explica a los censores, el deseo de dominación frente a las palabras en libertad. Y éstos no son más que meros instrumentos de los inquisidores, quienes deciden sobre lo conveniente o lo religiosa o políticamente incorrecto en nombre de los creyentes que nunca alientan dudas sobre su fe, ya se trate de feligresías religiosas o laicas. Pues “quienes albergan certezas absolutas sobre dónde está la verdad, se sienten moralmente respaldados para suprimir cualquier pensamiento herético”, señalaba en aquel discurso pronunciado hace ya más de diez años.

Aquella pesquisa en los territorios del fanatismo- campo en el que crecen en todo su esplendor los inquisidores, los censores, los maledicentes, los calumniadores, los sicofantes- me llevó a recordar a Giordano Bruno, quemado vivo en el año 1600 por el Santo Oficio, a poca distancia de la Plaza de San Pedro de Roma, por hacer suya la concepción heliocéntrica del universo que había concebido Copérnico.

Maquiavelo, Shakespeare, Voltaire, Rousseau, Fray Luis, Juan de la Cruz, Cyrano de Bergerac – librepensador que hubo de pasar a la posteridad ridiculizado por los calumniadores, atribuyéndole un gigantesco e inexistente apéndice nasal- Joyce, Miller y un infinito etcétera también sufrieron persecución, censuras, mordazas o difamaciones sin cuento.

A tal relación de desventurados podría sumarse el español Miguel Servet, médico y teólogo aragonés, hereje y mártir, quien con apenas 40 años publicó su *Cristianismi Restitutio*, obra en la que ya describió la circulación menor de la sangre derivada de su trabajo en las mesas de disección. Dos años más tarde sería condenado a muerte en Ginebra, donde fue quemado vivo tras haber sido denunciado a la Inquisición por Calvino. Murió en medio de atroces dolores, atado a un poste y rodeado de gavillas de leña verde para hacer más lenta y dolorosa su agonía y en su cabeza, una corona de paja con azufre. O la “Aeropagítica” de John Milton (1644) a favor de la libertad de pensamiento y contra la censura.

Desiderio Erasmo de Rotterdam (1467(?)-1536) fue, sin duda, más afortunado que Miguel Servet y Giordano Bruno, pues su muerte, en Basilea, con cerca de 70 años de edad, rodeado de escolares, alumnos y seguidores, se produjo como consecuencia de una

disentería y acaso él mismo siguiendo los consejos de su propio opúsculo – “Preparación para la muerte”- tan escasamente piadoso, por otra parte, en el que subrayó la importancia de haber disfrutado de una existencia gratificante y feliz como condición esencial para una muerte con el espíritu sosegado y en paz.

Escritor, polígrafo, humanista, hombre del Renacimiento por antonomasia, Desiderio Erasmo de Rotterdam, ordenado sacerdote en 1492, representó la razón y las luces - y también las dudas que frecuentemente le atormentaron, y que fueron en él fuente de búsqueda, de conocimiento y a la postre de lucidez, inspiración y sabiduría más que en ningún otro, frente a los fanatismos y oscurantismos religiosos de su época, frente a la corrupción de la Iglesia - el llamativo negocio de las bulas e indulgencias de Roma, que él denunció- el inmovilismo que desembocaría en el Concilio de Trento, la obediencia mansa y pastueña a la poderosa jerarquía eclesiástica de entonces.

Precursor de la Reforma en muchos aspectos, se enfrentó a la Iglesia armado de su inteligencia, su erudición y cultura, pero también colisionó fuertemente con los reformadores de Lutero.

Su independencia, su marcado individualismo, su enigmática y evanescente personalidad, su espíritu libre le indujeron a rechazar el alineamiento teológico con la Reforma pero también a enfrentarse a Roma.

Viajero por Europa, -que hoy le reconoce y rinde homenajegozó de fama de hombre sabio. Tal reputación fue paralela al endurecimiento de sus críticas a la Iglesia, hasta llegar a ser considerado como luterano en muchos casos, aunque sin desviarse excesivamente de la ortodoxia teológica y contar con muchos de sus seguidores entre los católicos.

Uno de los especialistas en su obra, Peter Burke, estima que Desiderio Erasmo fue un erudito razonable, pero no fue un gran pensador ni un teólogo excepcional. Su éxito, su popularidad cuando Lutero aún no era conocido, gran cantidad de jóvenes estudiantes de Europa seguían sus escritos, a pesar de su afirmación: “no haré erasmistas”- las sitúa en la elegancia y fluidez del latín que manejaba con gran soltura, su gran capacidad para la sátira (*Encomio de la estulticia*, aquí el *Elogio de la locura*) el sentido geográfico que le dio a la difusión de su obra- y gracias también y en buena medida a la imprenta- y su gran capacidad para crear lazos de amistad con los poderosos y las mentes más sobresalientes de la época que le tocó vivir.

Hasta el punto que tras su abultado y ardoroso epistolario con algunos amigos, monjes muchos de ellos, algunos estudiosos han llegado a sospechar la existencia de algún tipo de relación homosexual, aunque en la época estaban en boga las “amistades sentimentales” – según constata Burke- y las pautas epistolares entre amigos parecían seguir los modelos de Cicerón o Petrarca. Algunas de las cincuenta y una cartas que se conservan de las que intercambiaron Tomás Moro (24 años cuando se conocieron) y Desiderio Erasmo (29 años) aparecían así encabezadas: “Dulcísimo Erasmo, al que quiero más que a mis propios ojos”. Sin embargo, acaso la razón más importante de su fama resida en su condición de gran reformador, de pieza clave en la Reforma y en su lucha contra el fanatismo y el inmovilismo de la Iglesia.

Preocupado esencialmente por las cuestiones teológicas e indiferente ante los asuntos terrenales, el Arte incluido, fue sin embargo retratado por grandes pinceles y cinceles renacentistas, Holbein el Joven, Quintín Metsys, que le plasmó en los altorrelieves de sus medallones y en una de sus tablas pasada a lienzo quizá el más conocido de sus retratos- o las xilografías de Hans Rudolf Deutsch o en los grabados de Alberto Durero.

Desiderio Erasmo mantuvo relación y correspondencia con más de quinientas personalidades de la política y el pensamiento del Continente, viajaría a Italia, donde permanecería tres años, a Inglaterra, donde compartiría con su anfitrión Tomás Moro su lucha contra el oscurantismo medieval de la Iglesia, su idea de progreso y su condición de “predicador del camino recto”, en coherencia con los principios que inspiraron a los primeros cristianos, según su propia y obsesiva definición. Visitaría Bélgica, Alemania, aunque sería en la suiza Basilea donde Desiderio Erasmo se sintió mejor acogido y donde acabaría expirando en compañía de sus seguidores.

Su “*Elogio de la locura*” o “*Encomio de la estulticia*” dedicada a su amigo Tomás Moro, es una obra que se mantiene aún hoy viva, fresca, con fuerza y vigor intelectual, aunque su trabajo más importante fuera la traducción grecolatina del Nuevo Testamento a partir de varios manuscritos en griego antiguo descubiertos y rescatados por él. El *Nuevo Testamento* de Erasmo, editado en 1516 por su amigo el impresor J. Froben, fue la primera versión ajena a la Biblia Vulgata- traducida al latín por San Jerónimo en el siglo V- en todo un milenio y la primera de la Historia que salía de una imprenta.

Aquel texto, que corregía los errores y degradaciones de la Vulgata, permitió acudir al griego original (Nuevo Testamento) o al hebreo antiguo (Antiguo Testamento) para recuperar la exactitud original de las escrituras y fue la gran contribución de Desiderio Erasmo a la Reforma, la obra que permitió a Lutero traducir el Nuevo Testamento al alemán por primera vez, en 1522.

Lutero, antes de la pugna teológica que acabaría enfrentándolos, mostraría su gran admiración por el coloso de Rotterdam y Roma pronto acusaría a Erasmo de “haber puesto el huevo que Lutero ha incubado”. El autor del “Manual del caballero cristiano”, sin llegar a rechazar la acusación de Roma de haber contribuido al gran cisma de la Reforma, argüiría en su defensa: sin embargo, “yo esperaba el nacimiento de un ave muy distinta”.

“Non placet Hispania”.

Desiderio Erasmo tendría un final por lo demás tan frecuente con las personalidades tan fuertemente impregnadas de individualismo e intelectualmente independientes como la suya, abandonado por todos, con Roma y la Reforma repudiándole a él, a su obra y a sus humanistas: “Mi destino es ser lapidado por las dos partes en disputa, mientras pongo todo mi interés en aconsejar a ambos”, sería su certero, premonitorio y desencantado diagnóstico. Había tenido que abandonar Lovaina, perseguido por los católicos y hacer lo mismo más tarde en Basilea, acosado por los protestantes. Años después de su muerte, la obra de Desiderio Erasmo acabaría perseguida y censurada por Roma, en el *Indice de libros prohibidos*.

Esta es la frase – “Non placet Hispania”- con la que se manifestó Erasmo de Rotterdam en carta dirigida a su amigo Tomás Moro, cuando recibió la reiterada invitación del Cardenal Cisneros para que se ocupara del Antiguo Testamento en la Biblia Políglota Complutense que elaboraban en Alcalá de Henares un grupo de teólogos y filólogos. Su amistad con Luis Vives, la visita de Hernando Colón – el hijo bibliófilo y estudioso del descubridor de América- y el entusiasmo que suscitaba en la corte de Carlos V, le hicieron cambiar de opinión: “¿por qué no habré ido hacia allá en lugar de viajar a Alemania?” Sin embargo, tras su muerte, toda la obra de Erasmo- escrita en latín- en España sería incluida en el *Indice general* del Inquisidor Valdés y los erasmistas igualmente perseguidos.

Por cierto, que los dos grandes focos protestantes y erasmistas en España, el de Valladolid y el de Sevilla, han tenido un doble y reciente correlato literario. El vallisoletano, en la gran novela de Miguel Delibes, “El hereje”, Premio Nacional de narrativa 1999 –cuyo contenido y mensaje aún deploraba y criticaba ácidamente, hace escasos meses, un prelado español- .

La Reforma y el erasmismo en Sevilla también han merecido su correspondiente tratamiento literario, éste más reciente, a través de la estimable novela de una joven escritora y periodista sevillana, Eva Díez: “Memoria de cenizas”, que mereció ser finalista del Premio Fernando Lara en el año 2003.

En el 2002 Salamanca rindió homenaje a Erasmo de Rotterdam con una excelente exposición, con sede en las Escuelas Menores de la Universidad salmantina, “Erasmo en España. La recepción en el primer Renacimiento español”, que acogió códices, pinturas, esculturas, tapices, joyas, objetos, estudios minuciosos de la obra del gran humanista- entre ellos, la fotografía y los grabados que sirven de ilustraciones para la portada y la contraportada de este libro-.

La exposición -que incluyó la elaboración de un completo y magnífico catálogo- realizada al calor de los actos de la capitalidad europea de la Cultura en la ciudad de Salamanca en 2002, contó con varios protagonismos oficiales, en una encomiable iniciativa colectiva, varios ministerios junto con el Consorcio de Salamanca 2002, la Universidad, el Ayuntamiento de Salamanca, la Junta de Castilla y León y la Fundación Siglo.

Francisco Checa Cremades fue el director del proyecto científico y Palma Martínez-Burgos García, la Comisaria de la muestra.

Los textos y detallados estudios sobre Desiderio Erasmo y su época fueron debidos, junto a los nombres ya citados, a Bart Fransen, Peter Burke, Teófanos Egido, Heins Schilling, Angel Alcalá Galve, José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, Jesús Saenz de Miera, Jacobo Sanz Hermida, Concha Huidrobo, M.P.J. Martens y N. Peeters y Antonio Casaseca Casaseca. La portada de este libro reproduce precisamente uno de los diez tomos de la *Opera Omnia* de Erasmo (Toledo, Biblioteca Pública del Estado, Biblioteca de Castilla-La Mancha, Fondos Borbón-Lorenzana) toda su obra recopilada por su editor, Jérôme Froben, el tomo séptimo, que recoge las *Paráfrasis* y una parte de los Evangelios y muestra en sus pasajes censurados- junto a páginas arrancadas y hasta implantes ajenos, textos apócrifos

pegados sobre el original- la consideración que a los inquisidores y censores del Santo Oficio les merecía la obra abominable y herética del humanista holandés.

La contraportada reproduce dos retratos de Erasmo aparecidos en la *Cosmographiae Universalis* (1544) de Sebastián Münster (Madrid, Biblioteca Nacional) obra enciclopédica de este cartógrafo y lingüista alemán que alcanzó gran popularidad en su tiempo y fue traducida a diversos idiomas al calor de la expansión de la imprenta. En la obra de Münster, además de mapas y panorámicas de poblaciones se recogían retratos de personajes relevantes de su tiempo, el de Desiderio Erasmo entre ellos.

Las dos xilografías de Erasmo, salvajemente mutiladas y censuradas, se atribuyen a Hans Rudolf Manuel Deustch.

Desiderio Erasmo tuvo ciertamente muchos seguidores en España, protectores como el cardenal Cisneros o los arzobispos Fonseca y Manrique, pero también muchos y muy virulentos enemigos, cuyas instrucciones y terminaciones más rabiosas quedaron explicitadas en las profanaciones bestiales sufridas por los libros y retratos ya comentados.

Sorprende, sobre todo, la minuciosidad, el esfuerzo y el empeño en la crítica, las ansias de destrucción de su figura y de su obra por parte de Marcelino Menéndez Pelayo, (1856-1912) a caballo de los siglos XIX y XX, en su enciclopédica e integrista “Historia de los heterodoxos españoles”, en la que dedica al humanista holandés y a sus seguidores más de cien densas y enardecidas páginas en las que la erudición y el abrumador bagaje de conocimientos se entreveran con la contundencia intelectual del creyente que no alberga apenas dudas, que busca en los más recónditos resquicios motivos para arremeter contra el humanista al que considera responsable en buena medida de los males y desgracias de la Reforma, al que fustiga y en muchas ocasiones ridiculiza. “Hombre de compleción débil y valetudinaria, de carácter irresoluto y tornadizo, ni para el bien ni para el mal tenía grande firmeza”, escribe el polígrafo cántabro, acaso demasiado seguro de todo, desde que, con 24 años, se convirtiera en catedrático de Universidad en Madrid.

“Erasmo” en “El Mundo”

Sirva el preámbulo para explicar la razón del seudónimo que da razón a este libro, que pretende ser, también, testimonio de admiración y modesto homenaje a la memoria del gran humanista.

Mi curiosidad por Desiderio Erasmo se remonta años atrás, a la primera lectura de su “Encomio de la estulticia”, releída y consultada tantas veces- a la lucidez de la *Locura* deplorando, por ejemplo, la idiocia suicida que conduce a los hombres a las guerras- y, sobre todo, al seguimiento de su presencia espiritual e intelectual en España -y de algunos empeños recientes, entre ellos la obra de Arthur G. Dickens y Whitney R.D. Jones, “Erasmo el Reformador” (Acento, Madrid, 2002).

Un día de Octubre del año 1998 le propuse al director del diario EL MUNDO, Pedro J. Ramírez, ocuparme de un pequeño recuadro sin firma que aparecía en las páginas editoriales del diario bajo el epígrafe “De vuelta y media”. Le sugerí que podía escribir un

breve comentario, parecido en extensión – aunque muy distinto en contenidos, intenciones y estilo- al pequeño y enjundioso texto que durante casi tres décadas firmó en la primera página del diario *Le Monde* Robert Escarpit, *Au jour le jour* (Día a día)- precisamente, en diciembre del año 2000 hube de firmar en “El Mundo” el obituario del escritor francés, fallecido a los 82 años-, los influyentes recuadros -recogidos en un libro con una selección de los mismos- de aquel comunista antistalinista, experto en lengua inglesa, buen gourmet, mejor *gourmand* y famoso bebedor del caldo de su tierra, el *burdeos*.

Han transcurrido siete años desde aquella primera columna de “Erasmus” de 1998, día tras día ininterrumpidamente durante todos los días de cada uno de los siete años, exactamente 362, excluyendo tan sólo Navidad, Año Nuevo y Sábado Santo, en los que los periódicos en España no salen a la calle.

Siete años. En realidad, siete años y un día -de un 15 de octubre de 1998 al 16 de octubre de 2005, las *columnas* que abren y cierran esta antología- estrambote forense de las sentencias condenatorias, muy adecuado para una antología de textos de un justiciable tan recalcitrante como el que suscribe.

Número, el siete, por cierto, singular, bienaventurado y plácido, cabalístico y lleno de significados enigmáticos, místicos y religiosos: los siete días de la semana, las siete notas, los siete colores, las siete plagas de Egipto, las siete virtudes, los siete pecados capitales, setenta veces siete...

Tengo escritos algunos textos sobre el juego literario de los apócrifos y los seudónimos, esas máscaras coloreadas y carnavalescas que inclinan a los escritores a vivir existencias simuladas o ficticias o, en ocasiones, para recabar la protección de los biombos, la penumbra de los anonimatos, para ocultar el rostro tras el antifaz de un seudónimo y así evitar que sufra algún tipo de percance, lesión o deterioro, metafóricos o reales. Pues, en muchas ocasiones, los seudónimos aparecen en los aires intelectualmente irrespirables, en los que la libertad resulta frecuentemente maltratada o simplemente conculcada. Las lecturas entre líneas, las afirmaciones sugeridas o veladas se transmiten de manera más segura cuando se oculta o se difumina la identidad verdadera del autor.

En este caso, la elección del seudónimo de ERASMO tuvo que ver con el modesto homenaje -que es, también principal intención de este libro- y la identificación con el discurso intelectual y vital del humanista holandés, a quien su inclinación a prescindir de todos los fanatismos y falseamientos doctrinales de la época condujeron a enfrentarse a todos y también a ser rechazado por todos.

En segundo lugar, porque hoy, cinco siglos después, los mismos impulsos de fanatismo e intolerancia que inspiraron el gobierno de los hombres en el tiempo de Desiderio Erasmo siguen tan presentes en las mentes y los espíritus de muchos de los gobernantes de nuestro país y las fotografías de la portada y la contraportada de este libro son prueba fehaciente de ello.

La mutilación del tomo séptimo de la *Opera Omnia* permite observar el trabajo minucioso, casi geométrico de un censor impecable y escrupuloso, que revela una cabeza bien

estructurada, obsesionada por el orden, cuya pluma respeta incluso la inofensiva letra capitular a la hora de censurar las veinte líneas de la página izquierda y las dos medias líneas de la página derecha. El trabajo de este censor anónimo revela un espíritu refinado y ordenado pero implacable, idéntico al de los profesionales de la mordaza que en nuestros días mutilan, censuran y reconducen los flujos informativos en la España de hoy.

Precisamente, este libro ve la luz en un instante histórico en el que España, en apenas dos años, ha sufrido las más insospechadas convulsiones centrífugas provocadas por los nacionalismos vasco y catalán y, muy especialmente, por el proyecto de Estatuto catalán remitido a las Cortes.

El diseñador, los diseñadores de tal proceso no se han olvidado de la Prensa, del mundo mediático y su concepción tiene ya, por lo que se ve y se adivina, todos los ingredientes característicos de un sistema subrepticamente totalitario -en el que, por otra parte, ya casi nos encontramos en España, donde la prensa libre e independiente ha sido taimada y gradualmente sustituida, casi por completo, por una muchedumbre de propagandistas, desde los evidentes a los ocultos tras sus simulaciones, todos ellos al servicio del poder- a través del control de los *mass media*. Se vuelve a la vieja idea antidemocrática, anticonstitucional del “Comité deontológico”, pensado como dispositivo totalitario, un tribunal de honor” -prohibidos por la Constitución y por las normativas democráticas- para amordazar periodistas mediante el tosco dispositivo de los “tribunales” políticamente manipulados que desactiven informadores e informaciones molestas.

Y en las Cortes se ha presentado un Estatuto del periodista que no es más que una reedición de los modelos de Mussolini imitados por el régimen de Franco en España. Vuelven los malos tiempos para la prensa.

Los dos retratos de la contraportada, las xilografías de Deutsch que ilustran la *Cosmographiae Universalis* de Sebastián Munster, han sido salvajemente censurados, y bajo los feroces trazos del censor se descubre, antes que nada, el ansia malsana de destrucción a través de la ridiculización del personaje representado en su efigie, los ojos vaciados en sus cuencas por una pluma enfermiza, la boca de Erasmo- de trazo firme y noble en el retrato de Quintín Metsys, que el holandés le regaló a su gran amigo Tomás Moro- ha sido transformada en una mueca horrible.

El espíritu, los sentimientos de brutalidad, odio y vesania que movían al fanático que perpetró la profanación no son muy distintos del ánimo que impulsaba a los responsables, cómplices y actores de la destrucción de Diario 16, por ejemplo, reducido a cenizas y sus restos esparcidos al viento con una ferocidad parecida y equivalente, como deseosos de que no quedara ningún rastro de la infamia perpetrada con el magnífico periódico y su Grupo mediático, igualmente devastado. O de los sentimientos de odio, rencor y ansias de venganza hacia los periodistas que hemos sido perseguidos implacablemente y sometidos a tremendos procesos de destrucción civil a través de la ridiculización, de la invasión de sus jurisdicciones más íntimas y personales, procesos que se han dado en España en los últimos tiempos y que están en la mente de todos, entre ellos, los padecimientos sufridos por este autor. La tentativa -enunciada por cierto dirigente socialista: “hay que silenciar a

Gutiérrez”- ha tenido sin duda, éxito, al menos en lo que a mi labor de columnista y articulista se refiere.

Con la gran diferencia, a favor de aquellos coetáneos de Desiderio Erasmo y otros perseguidos, que quienes actuaban de tal manera, lo hacían inmersos en un estado psicológico de gran fanatismo religioso, convencidos, desde las interpretaciones más intransigentes e irracionales de su fe, de estar contribuyendo a destruir la herejía plantándole cara al Mal, encarnado por tan abominables representantes del Maligno.

En cambio, los descreídos censores e inquisidores de hoy y de aquí mismo, desde su bajeza, son muy conscientes de lo infame, antidemocrático y totalitario de su proceder, por lo que ocultan y disfrazan su comportamiento tras piadosos celajes de disimulos, justificaciones, medias verdades y aparentes buenas intenciones, conductas equivalentes a la que sugieren las plumas de los censores en las páginas tan refinada y cuidadosamente profanadas del volumen séptimo de la *Opera Omnia* que se reproduce en la portada de este libro, antes que con las groseras tachaduras de las xilografías de Deutsch.

El caso de quien esto firma ha sido denunciado hasta la saciedad, especialmente en mis dos últimos libros “Días de papel” y “En defensa propia”, ambos publicados en la editorial LEER.

Veinte años ha padecido este autor las persecuciones más siniestras por parte de personajes cercanos a Felipe González, incluidas acciones contra mi propia familia, familiares a los que se ha intentado corromper o comprar- en algunas ocasiones, con éxito- al igual que los procesos de difamación orquestados contra mi persona, amigos de muchos años que, súbitamente, han pasado a estar en paradero desconocido como cómplices envidiosos de tan siniestra y totalitaria tentativa de destrucción civil de una persona.

Resulta difícil encontrar en la España de hoy un caso de persecución tan obsesiva y enfermiza como la sufrida por este autor, durante los últimos veinte años, en el que se den todos los ejemplos de persecución política característicos de los totalitarismos y las dictaduras: persecución *ad hominem*, espionaje, comportamientos policíacos, teléfonos intervenidos, procesos calumniosos y de difamación, censura y destrucción de medios de comunicación, como fue el caso de Diario 16- periódico en el que presté mis servicios, como director adjunto y Director, durante 16 años devastado y desaparecido tras una salvaje cadena de huelgas incentivadas desde áreas próximas a Felipe González; procesamientos descaradamente políticos, como el surrealista pleito de Hassan II contra mi, iniciado en 1995 y aún no resuelto definitivamente, utilizando la Ley de Prensa de Franco, una norma de la dictadura aún vigente, -aunque resulte increíble-, por la que fui condenado por el Tribunal Supremo, a través de una sentencia que propuso el juez ponente, Clemente Auger, íntimo amigo de Felipe González y protector, en tal sentencia, del “honor” del sanguinario sátrapa marroquí ya desaparecido; la utilización, en fin, por parte del primer Gobierno de Felipe González de un “delito” heredado de la dictadura franquista – el delito de “desacato”- para interponer una querrela criminal contra mi en nombre de todo el Gobierno y a través del Fiscal General del Estado. Sigo esperando una reparación por persecución tan brutal.

Sirvan estas breves líneas de denuncia de los nuevos inquisidores, también como testimonio y recordatorio en un libro que sólo pretende ser una antología de las *columnas* de ERASMO publicadas en el diario EL MUNDO a lo largo de estos últimos siete años. *Columnas* que, para variar, también han sufrido diversos intentos, por parte de ocultos censores, para lograr su desaparición o desacreditarlas como textos ininteligibles o elitistas.

Me cabe, también, la satisfacción de ver que a ERASMO le han salido imitadores, especialmente en algunos periódicos especializados en el plagio y la imitación burda, en la copia convertida en todo un acto de cleptomanía intelectual, con la intención de desactivar, mediante la simple sustracción, los hallazgos de sus rivales. No me resisto a incluir aquí las breves líneas de la *columna* de ERASMO publicada el 6 de Octubre del 2005, intitulada “Ladrones”: “Sólo los efectos profilácticos de la mención injuriosa pueden dar respuesta a los pollinos que justifican el plagio a partir de versionadores fílmicos, pictóricos, literarios. El plagio como forma de desfalco interactuará en todos los ámbitos del *ser social*. Conduce al final del Derecho, es pura regresión, jungla, barbarie. Al guardaespaldas como apoteosis, a la rueda cuadrada y al *top manta* como *sistema* filosófico”.

Este libro se publica, también, en el contexto de una conmemoración, la del XX Aniversario de la Revista LEER (1985- 2005) y como una propuesta de su recién creada editora de libros.

Los textos recogidos en esta antología son primeros originales que en alguna ocasión sufrieron leves variaciones al ser publicados en el periódico, cambios impuestos por las limitaciones de espacio, las reducidas dimensiones de la *columna* y que en ningún caso alteran sus contenidos. Asimismo, en otros pocos casos, el *titular* del recuadro que apareció publicado en el periódico se modifica o amplía en el libro con el fin de hacerlo más comprensible al contextualizarlo con el momento informativo de su aparición.

Mi agradecimiento a los amigos que me han insistido para que publicara esta antología, a quienes, movidos por el afecto, me han distinguido con sus elogios, sin duda inmerecidos. Muy especialmente al compañero de páginas editoriales de EL MUNDO, el filósofo Eugenio Trías, por el cálido prólogo de esta antología. También a los compañeros de la Sección de Opinión de EL MUNDO, a los que en ocasiones, llevado por mi afán perfeccionista y mi deseo de que las cosas salgan bien- dadas las dificultades que entraña escribir limitado por las angosturas que impone tan escaso número de líneas, poco más de cuatrocientas *matrices*, sesenta y tantas palabras- el interés por la obra bien hecha, en ocasiones acaso les haya distraído brevemente de su trabajo.

Hago extensivas estas palabras a Redactores-jefe, al Servicio de Documentación del diario, a la Redacción de *elmundo.es*, a todas las personas integrantes de la Secretaría de Redacción, en fin, a los compañeros del diario y a tantos queridos amigos de los tiempos heroicos y fabulosos de Diario 16. A todos ellos, gracias.

José Luis Gutiérrez
Madrid, Noviembre 2005